

Cuerpos-engranajes: biopolítica y género en Marx

Pablo Gudiño Bessone

Doctorando en Ciencias Sociales (UNGS- IDES). Becario CONICET.

Mail: pablo_bessone7@hotmail.com

"Si el dinero, según Augier, <nace con manchas naturales de sangre en un cigarrillo>, el capital viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza" (Marx 1956: 609).

Más allá de que las nociones de biopolítica y de género no pertenezcan de modo directo al andamiaje analítico de Karl Marx, el presente ensayo tiene como propósito rastrear dichas categorías en el trayecto de la obra del autor. En tanto Foucault pone su énfasis en el modo en que las instituciones sociales contribuyen a la formación de cuerpos dóciles tendientes a ser instrumentados por el capital, en este trabajo intentamos rastrear la presencia en los textos de Marx de una economía política de los cuerpos -por cierto disciplinaria- en el marco de la relaciones sociales de producción en el capitalismo. A ello le sumamos nuestro interés por indagar el modo en que el autor describe el lugar de la mujer y los niños en el escenario de dicho contexto, donde la vigencia del sistema de dominación patriarcal, las desigualdades de género y la violencia al interior de la unidad familiar mantienen correspondencia con la reproducción de las relaciones económicas de explotación tanto en el espacio de la fábrica como al interior de la economía doméstica.

Hombre-Cuerpo-Máquina. Expropiación y disciplinamiento en el capitalismo.

Para Karl Marx, el cuerpo constituye el

elemento central en torno al cual gira la conformación de las relaciones sociales y de poder en el capitalismo. La mercantilización del hombre, la compra y venta de sus energías y fuerza de trabajo, así como el consumo, desgaste y explotación de su cuerpo, deviene en el soporte necesario a partir del cual el capitalismo logra reproducirse y mantenerse vigente. Para Marx, el trabajo se presentaba -en las sociedades precapitalistas- como un medio de existencia, una labor emancipada, en donde los hombres lograban poner a su disposición sus propios cuerpos como una forma de acceder a la modificación de la naturaleza y, así, saciar sus necesidades de subsistencia. En este sentido, el trabajo era comprendido un accionar positivo y liberalizador, vinculado a la necesidad del ser y autoconstitución del hombre; situación que se quebranta con la irrupción del capitalismo a partir de la conversión del trabajo en una actividad lucrativa.

El acontecimiento fundante de este giro histórico/antropológico se ubica en los procesos que dieron lugar a la expropiación violenta y separación de los hombres de sus propios medios de producción y subsistencia -la denominada "acumulación originaria"- abriendo camino al devenir del capitalismo donde la vida y el cuerpo de los trabajadores no sólo se tornan en algo ajeno a sí mismos sino, también, en un "dispositivo" económico/rentable que los termina sometiendo a la autoridad despótica del gran burgués. El trabajo pasa a asumir las características de una relación inequitativa, un proceso que pone en enfrentamiento dos clases muy diversas de poseedores de mercancías "[...] de una parte, los propietarios del dinero, medios de producción y artículos de consumo, deseosos de explotar

la suma de valor de su propiedad mediante la compra de fuerza ajena de trabajo; de otra parte, los obreros vendedores de su propia fuerza y, por tanto, de su trabajo” (Marx 1956: 574)¹.

Dado que el capitalismo supone el divorcio de los obreros de sus propios cuerpos y de sus vidas, la constitución de la fuerza de trabajo en mercancía deviene, consecuentemente, en una inevitable paradoja. Si bien el obrero enajena y rentabiliza su cuerpo a cambio de acceder a los medios de subsistencia que con el capitalismo le han sido expropiados, dicha instancia no implica, necesariamente, un desprendimiento posible entre su cuerpo vivo y su capacidad de trabajo. Esto conlleva a la necesidad del capital de servirse de las técnicas disciplinarias sobre los cuerpos, circunstancia que tiene por objetivo la transformación de los obreros en piezas dóciles tendientes a ser ensambladas a los movimientos sincronizados del sistema de producción. “Es en estas coordenadas donde se encuentran los puntos nodales del poder del capital sobre la vida y la base de una teoría del biopoder en el capitalismo” (Osorio 2006: 81).

La tríada capital-cuerpo-vida, vislumbra las bases de un sistema que reposa y se construye a partir de los intentos de confiscar la vida del obrero a la labor productiva; cuestión que tiene como trasfondo la extracción del plusvalor². En este

¹ La llamada acumulación originaria no es más que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción. Se denomina originaria “[...] porque forma parte de la prehistoria del capital y del régimen capitalista de producción” (Marx 1965: 574). Para Marx, la forma en que se van diagramando las relaciones económicas en el capitalismo tiene como antecedente la estructura económica de la sociedad feudal. El proceso de donde emerge el obrero asalariado tiene su origen en el esclavizamiento de éste por parte de los señores feudales. Pues, con el devenir de las etapas sucesivas “[...] este esclavizamiento no hizo más que cambiar de forma: la explotación feudal se convirtió en explotación capitalista” (Marx 1956: 575). Si bien la caída del sistema feudal fue vista -por parte de los historiadores burgueses- como un moviendo dialéctico de la historia que representa la liberación de la servidumbre; para Marx, la expropiación a los hombres de sus medios de producción contribuyó a la conversión de éstos en mercancías rentables para el capital.

² Mediante la teoría del plusvalor, Marx hace referencia a los intereses de los capitalistas de extraer mayor ganancia y utilidad que la invertida en la compra de la fuerza de trabajo. Este proceso se compone de una doble instancia. Una primera, donde el capitalista desea

aspecto, tanto las horas de trabajo como el tiempo de descanso son comprendidas en función a la reproducción de las energías del trabajador a fin de que el capital logre extraer del mismo un plus de ganancia. La reposición del obrero de sus energías y fuerzas de trabajo -una vez culminada la jornada laboral- no hace más que ocultar e invertir la situación de una vida que ya no le pertenece. Ello, teniendo en cuenta que la renovación de las fuerzas vitales del obrero se encuentra destinada a la elaboración de la riqueza para otros; esto es, la conversión de los trabajadores en meros instrumentos inanimados -engranajes- que tienen por obligación el cumplimiento de funciones específicas en el marco del sistema productivo:

[...] el obrero a lo largo de toda su vida no es otra cosa que fuerza de trabajo, en consecuencia todo su tiempo disponible es, según la naturaleza y el derecho, tiempo de trabajo, perteneciente por tanto a la autovalorización del capital [...] en su desmesurado y ciego impulso, en su hambruna canina de plustrabajo, el capital no sólo transgrede los límites morales, sino también las barreras máximas puramente físicas de la jornada laboral. Usurpa el tiempo necesario para el crecimiento, el desarrollo y el mantenimiento de la salud corporal. Roba el tiempo que se requiere para el consumo de aire fresco y luz del sol. Escamotea tiempo de las comidas y, cuando puede, las incorpora al proceso de producción mismo, de tal manera que al obrero se le echa comida como si él fuera un medio de producción más, como a la caldera carbón y a la maquinaria grasa o aceite (Marx 1976: 319).

Para Marx, el trabajo aparece en el capitalismo como un factor que descansa en la domesticación del cuerpo. El hecho de que el obrero haya tenido que comercializar su fuerza de trabajo en el marco de un sistema que lo obliga a exponer su cuerpo al servicio de quien lo regenta, condujo a derribar las posibilidades que el hombre tenía de poner a

producir un valor de uso que tenga valor de cambio; un segundo momento, vinculado al interés de que el valor de producción de un objeto o material destinado a su comercialización y venta no sea mayor a “[...] la suma de los valores de las mercancías -el precio de la rentabilidad del cuerpo y la fuerza de trabajo- requeridas para su producción” (Marx 1976: 226).

disposición las dimensiones de su motricidad a la obtención independiente de sus medios de subsistencia. El trabajador ya no es dueño de sí mismo, sino de quien lo arrienda. De este modo, la incorporación -por cierto violenta- del obrero al espacio de la fábrica no se da de modo simple y directo, sino a través de un conjunto de reglas y normativas para el cuerpo que buscan privilegiar la rapidez y la eficacia en el proceso productivo. Esto es, la transformación existencial del hombre en un ser-para-la máquina. De ahí que, en *La verdad y las formas jurídicas*, Foucault agrega a los análisis de Marx el modo en que la microfísica del poder sobre los cuerpos asiste a la funcionalidad del capitalismo:

El sistema capitalista penetra mucho más en nuestra existencia. Tal como se instauró en el siglo XIV, este régimen se vio obligado a elaborar un conjunto de técnicas políticas, técnicas de poder, por las cuales el hombre se encuentra ligado al trabajo, por las que el cuerpo y el tiempo de los hombres se convierten en tiempo y fuerza de trabajo y pueden ser efectivamente utilizados para transformarse en plusganancia. Pero para que haya plusganancia es preciso que haya subpoder, es preciso que al nivel de existencia del hombre se haya establecido una trama de poder político microscópico, capilar, capaz de fijar a los hombres al aparato de producción, haciendo de ellos agentes productivos, trabajadores (Foucault 1980: 138).

De este modo, el cuerpo humano es concebido como una fuerza de producción, pero el cuerpo no existe tal cual, como una materia fija, sino como un objeto al que intenta dársele forma. El cuerpo humano se construye en y a través de un sistema político. Si el hombre pasa a adquirir las características de una pieza, engranaje o resorte de una máquina, si la totalidad de su cuerpo se reduce -con el capitalismo- a las características de una mercancía productiva, es porque la usurpación expropiadora de los medios de producción por parte del capitalismo lo obliga al hombre a rentar su cuerpo. Y está obligado porque se halla rodeado por fuerzas políticas; en otras palabras, atrapado por una red de

mecanismos de poder que lo atraviesan. En este sentido, la visión foucaultiana permite dar cuenta de la existencia de una multiplicidad de técnicas disciplinarias que ayudan a la conversión del obrero en un cuerpo dócil, disciplinado, manipulable y calculado (Foucault 2008: 159). En cierto modo, permite ver la forma en que los nexos estructurales y economicistas del capitalismo se entrelazan a una complejidad de micropoderes que fomentan la explotación de clase en el circuito de las relaciones de producción. Para Foucault, instituciones como el asilo, el penal y el hospital, no sólo sirvieron como formas de controlar, contener y disciplinar a una gran masa de pobres; sino, también, para brindar servicios a la producción industrial. "Fábricas-prisiones, fábricas-convento, fábricas en las que se compra todo el obrero, de una vez para siempre [...] A este comentario yo respondería diciendo que este sueño patronal, este panóptico industrial, existió en realidad y a gran escala al comienzo del siglo XIX" (Foucault 1980: 123).

Poniendo nuestra mirada desde los escritos de Marx, diríamos que es a partir de la expropiación a los hombres de sus medios materiales de subsistencia que el capitalismo da un paso en la creación de cuerpos dóciles que su reproducción misma requiere. En el capítulo XIII de *El Capital* -"Maquinaria y gran industria"- Marx refiere a los modos en que los obreros son incorporados a la marcha uniforme de un proceso industrial que se asemeja a un régimen de "disciplina cuartelaria" (Marx 1956: 339). Ello nos obliga a poner nuestra atención en el modo en que el autor describe la violencia que el capital ejerce sobre los trabajadores y sus cuerpos; instancia a partir de la cual se pretende obstruir toda posibilidad de resistencia, así como disciplinar a los obreros en su nueva condición de trabajadores libres -mercaderes- de su fuerza de trabajo. Una vez cumplida esta meta se da origen a la formación de una clase obrera que, a fuerza de coacción y de violencia, se somete a las exigencias de este régimen de producción como a las más simples lógicas y leyes de la naturaleza; proceso que conduce a constatar el poder despótico del capitalista sobre el obrero.

El análisis de Marx de la expropiación

de los medios de subsistencia en el capitalismo, induce -irremediablemente- al problema del poder, la disciplina y el modo en que el cuerpo-mercancía del obrero va tomando forma en función de las exigencias del sistema productivo³. Respecto a ello, Foucault buscó superar la visión marxista del capitalismo al considerar que reduce la explicación de cómo el sistema transforma el trabajo en ganancia o plusvalía mediante una descripción limitada de las relaciones sociales, institucionales y de producción. No obstante, al referirse Marx al poder militarizante y detallista sobre los cuerpos tanto en el proceso de la manufactura como en el de la gran industria, deja entrever en sus análisis el modo en que el devenir de las técnicas disciplinarias en el capitalismo guarda relación a la situación de las clases sociales; así como también los abusos de poder, de jerarquía y de dominación que se van generando a partir de la concentración de los medios de producción y expropiación de las fuerzas de trabajo. Para Marx, el poder que el capital ejerce sobre la vida y el cuerpo de los obreros reposa en el hecho de que la fuerza de trabajo que compra forma parte indisoluble de la corporeidad viva del trabajador y se encuentra inscripta en su propia existencia como simple ser viviente. En *Vigilar y castigar* Foucault retoma los análisis que Marx desarrolla en *El Capital* sobre la división manufacturera del trabajo; ello, para mostrar cómo los procedimientos disciplinarios hacen crecer la utilidad de los cuerpos al neutralizar su capacidad de resistencia.

Cuerpos dóciles y rentables: desigualdades de género y violencia familiar en el capitalismo

³ A propósito de ilustrar esto, es necesario hacer referencia al modo en que Marx describe la forma en que el obrero se va amoldando a los distintos cambios y transformaciones que, con el tiempo, va asumiendo el sistema productivo. En el contexto de la manufactura existía una adecuación del cuerpo del obrero al instrumento de trabajo. Con la irrupción de la denominada gran industria, es el obrero el que se debe adaptar, ahora, a los movimientos de la máquina. A todo esto, cabe resaltar la centralidad que asume el cuerpo en el sistema de producción capitalista.

Con la expropiación y divorcio de los hombres de sus medios de producción y fuerza de trabajo -el denominado período de la "acumulación originaria"- el capitalismo establece una ruptura respecto a la relación y vínculo entre las personas, la familia y la naturaleza. De este modo, se da origen a un sistema de producción capitalista basado en la rentabilidad del trabajo asalariado libre, donde los obreros se vieron en la contradictoria libertad de rentar su cuerpo -mercancía- para cumplir con los servicios que demandaba el capital (D'Emilio 2006: 4). Esto, teniendo en cuenta que no existía otro modo de sobrevivir más que a partir de la enajenación y sometimiento de sus cuerpos. El hogar pasó a convertirse en una unidad cuyo objetivo es la acumulación de ingresos rentables, situación que lo diferencia de lo que anteriormente era concebido como una unidad productiva en donde los integrantes de la familia se complementaban en el ejercicio de elaboración de los medios económicos de subsistencia.

De modo similar a la forma en que Foucault nos permite ver cómo el capitalismo se sirve de las técnicas disciplinarias sobre los cuerpos para contribuir a la marcha de su proceso productivo, podríamos hacer alusión al modo en que dicho sistema se apoya en las lógicas de dominación patriarcal vigentes al interior de las familias. Con la transformación de la familia en una unidad acumuladora de ingresos, la mujer pasa a adquirir un rol específico en el funcionamiento del sistema capitalista, cual es su nueva labor en contribuir a la renovación de las fuerzas y energías de los trabajadores. La infiltración del capitalismo en lo más íntimo de la economía doméstica implicó un reordenamiento en la relación entre los miembros de la familia, esto es, un nuevo modo de reorganización familiar basado en el vínculo entre sujetos asalariados y no asalariados. De este modo, hombres, mujeres y niños pasaron a ser piezas que se van entrelazando a la división del trabajo organizada por el capital.

Esta interpretación que Marx hace de la familia como un espacio atravesado por relaciones de poder, de dominación y de producción, se intensifica en su lectura del paso del sistema de producción

manufacturera a la industria mecanizada⁴. El autor sostiene que, a fin de agilizar los tiempos de producción e intensificar la jornada de trabajo, el capital recurre a la incorporación de la maquinaria al sistema productivo; instancia a partir de la cual el obrero tiende a ser reemplazado por las fuerzas de la naturaleza. Acto seguido, la población sobrante de obreros que se genera ante tal acontecimiento abrió las puertas a la conversión de la familia en una prolongación de la fábrica (Marx 1956: 368). En oposición al período de la manufactura, donde el cúmulo de ingresos que se percibían en el hogar era exclusivamente dependiente de la rentabilidad del cuerpo y la fuerza del obrero, la subsistencia de la economía doméstica se basa ahora, también, en el empleo de las mujeres y niños. La maquinaria, al obligar insertarse al mercado de trabajo a todos los integrantes de la familia obrera redistribuye el valor de uso y de cambio concentrados - anteriormente- en el jefe del hogar. Como sostiene Marx, la gran industria no sólo amplía el material humano que se pone a disposición del capital sino, también, intensifica el grado de explotación de la

familia en su conjunto:

La maquinaria, al hacer inútil la fuerza muscular -producto de su reemplazo por la fuerzas de la naturaleza- permite emplear obreros sin fuerza muscular o sin desarrollo físico completo, y que poseen, en cambio, una gran flexibilidad en sus miembros. El trabajo de la mujer y del niño fue, por tanto, el primer grito de la aplicación capitalista de la maquinaria. De este modo, aquel instrumento gigantesco creado para eliminar trabajo y obreros, se convertía, inmediatamente, en medio de multiplicación del número de asalariados, colocando a todos los individuos de la familia obrera sin distribución de edad ni sexo, bajo la dependencia inmediata del capital (Marx 1956: 316).

Esta cita de Marx no sólo nos permite ver el modo en que la familia obrera se va transformando en una usina proveedora de fuerzas productivas, también refleja el modo en que la relación entre sus integrantes - precisamente el vínculo entre los obreros con sus esposas e hijos- asume la forma de una relación mercantil. Esto hace referencia a la posibilidad que encuentra el obrero de subsanar la depreciación del valor y utilidad de su fuerza de trabajo en la comercialización del cuerpo del resto de los integrantes de su familia. "Antes, el obrero vendía su propia fuerza de trabajo, disponiendo de ella como individuo formalmente libre. Ahora, vende a su mujer y a su hijo. Se convierte en esclavista" (Marx 1956: 317)⁵. Por cierto, la forma en que Marx aborda la relación familiar en el contexto del capitalismo nos ayuda a comprender cómo la perpetuación de las

⁴ Marx describe el paso del sistema de producción basado en la manufactura a la gran industria como una instancia que tiene por objetivo el abaratamiento de las mercancías, esto es, la baja en el precio de la fuerza de trabajo, así como el acortamiento e intensificación de la jornada laboral. La fuerza de trabajo del obrero, considerada imperfecta y tendiente a propiciar momentos de interrupción cuando se trata de una secuencia de movimientos uniformes y continuos para el eficiente funcionamiento de la máquina, es remplazada por las fuerzas de la naturaleza (el vapor, el agua, el aire). Esto provocó una depreciación en el valor de cambio del trabajo del obrero, por lo que éste se vio obligado tanto a rentar a los miembros de su familia como a aceptar doblegar su esfuerzo al precio -devaluado- que determina el capital. Al mismo tiempo que la maquinaria exigió la extensión de la jornada de trabajo, ésta desencadenó la reacción de la sociedad en demanda de una jornada laboral limitada y regulada por la ley. Sin embargo, esto dio origen a la estrategia de intensificación del trabajo por parte del capital. En síntesis, si la prolongación de la jornada laboral tenía como objetivo el incremento de la plusvalía absoluta, con la intensificación del trabajo se dio paso a la producción de la plusvalía relativa (Marx 1956: 406). Ello consistió en hacer que el obrero, intensificando su labor productiva, pueda producir más en el mismo tiempo y donde el valor de cambio de su trabajo -por cierto invariable producto de su depreciación- se tradujera en una cantidad mayor de valor de uso.

⁵ Para Marx, el empleo capitalista de la maquinaria al sistema productivo no sólo creó nuevos motivos para la intensificación de la jornada de trabajo, sino, también, arrebató contra toda posibilidad de ejercicio de resistencia por parte del obrero. Al ponerse a disposición del capital sectores de la clase obrera que anteriormente eran inaccesibles y no guardaban relación directa con la rentabilidad del trabajo, la maquinaria produjo un sinnúmero de población sobrante que no tuvo otra opción que someterse a la ley del capital. "Las máquinas se convierten en el arma poderosa para reprimir las sublevaciones obreras periódicas, las huelgas y demás movimientos desatados contra la autocracia del capital [...] Esta máquina estaba llamada a reestablecer el orden" (Marx 1965: 349).

jerarquías de género no depende solamente de la vigencia del patriarcado sino, también, de su entrelazamiento a las desigualdades de clase en torno a la obtención de los medios materiales de subsistencia. La familia se torna en el terreno principal en el que los hombres ejercen su poder patriarcal sobre el trabajo de las mujeres, al mismo tiempo que queda reflejado el abuso de poder sobre sus hijos (Hartmann 2000: 33):

El sistema de la explotación desenfundado del trabajo infantil en general y del trabajo a domicilio en particular, se conserva haciendo que los padres ejerzan sobre sus tiernos e inexpertos hijos un poder arbitrario y funesto, sin freno ni control [...] A los padres no debiera reconocerse el poder absoluto de convertir a sus hijos en simples máquinas [...] Sin embargo, no fueron los abusos del poder paterno los que sólo crearon la explotación directa o indirecta de las fuerzas incipientes de trabajo por el capital, sino al revés, el régimen capitalista de explotación el que convierte la patria potestad en un abuso al destruir la base económica en que descansaba (Marx 1956: 389)

A saber, Marx nos explicita sobre el modo en que el capitalismo penetra hasta en los espacios más íntimos de la vida familiar. "Los trabajos forzados al servicio del capitalista vinieron a invadir y usurpar, no sólo el lugar reservado a los juegos infantiles sino, también, el puesto de trabajo libre dentro de la esfera doméstica" (Marx 1956: 316). Asimismo, al considerar el capitalismo a los hombres, mujeres y niños como simples elementos que se acoplan a la funcionalidad de un proceso productivo, donde las distinciones en torno a la flexibilidad, fuerza y destreza de las partes del cuerpo son concebidas en función de las exigencias del tiempo y la dinámica de la producción, diríamos que no hace más que fomentar una imagen del cuerpo como mero engranaje o

resorte de una máquina. Esto mismo, teniendo en cuenta lo sostenido en el apartado anterior sobre la forma en que el capitalismo fomenta una lógica existencialista del cuerpo basada en un ser-para-la máquina. Pero, ¿cómo ha de ser posible esta intensificadora mercantilización del cuerpo de las mujeres y niños sino a partir de la existencia y perpetración de las desigualdades de género y la violencia de poder en el seno más íntimo de la estructura familiar? Dicha cuestión, nos lleva a poner el foco de atención en el modo en que el capitalismo y el patriarcado son dos sistemas de explotación y dominación que van conjuntamente de la mano. ¡Un verdadero e infeliz matrimonio!, donde la opresión hacia las mujeres es la consecuencia del entrelazamiento entre estos dos sistemas. Uno, el capitalismo, basado en la explotación material; el otro, el patriarcado, en el ejercicio del poder y la dominación simbólica (Hartmann 1980: 15). Para cerrar, y haciendo alusión a las palabras de Marx, el capitalismo no hizo más que "[...] convertir toda la vida del obrero y de su familia en tiempo de trabajo disponible para la explotación" (Marx 1956: 327).

Bibliografía

Acker, Joan (2000) "Jerarquías, trabajos y cuerpos: una teoría sobre las organizaciones dotadas de género" en Navarro, Marysa y Stimpson, Catherine (Comps.) *Un nuevo saber. Los estudios de género. Cambios sociales, económicos y culturales*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 111-141.

D'Emilio, John (2006) "Ensayos y debates. Capitalismo e identidad gay" en *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, Abril/ Mayo de 2006, N° 2, Buenos Aires, pp. 2-10.

Foucault, Michel (1980) *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona: Gedisa.

----- (1992) *Microfísica del poder*, Madrid: La Piqueta.

----- (2008) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Hartmann, Heidi (1990) "Un matrimonio mal averiado: hacia una unión más progresista entre marxismo y feminismo" en *Papers de la fundación*, N° 88, Barcelona: Fundación Rafael Campalans, pp. 1-32.

----- (2000) "La familia como lugar de lucha política, de género y de clase: el ejemplo del trabajo doméstico" en Navarro, Marysa y Stimpson, Catherine (Comps) *Un nuevo saber. Los estudios de género. Cambios sociales, económicos y culturales*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 17-59.

Marx, Karl (1956) "Maquinaria y gran industria", "Plusvalía absoluta y plusvalía relativa" y "La llamada acumulación originaria" en *El Capital. Crítica de la economía política*. Tomo I, primera edición en Alemán 1867, Buenos Aires: Editorial Cartago, pp. 298-399/ 405-412/ 573-609.

----- (1976) "La jornada laboral" en *El Capital. Crítica de la economía política*. Libro primero, primera edición en Alemán 1867, México/ España: Siglo XXI Editores, pp. 277-364.

Osorio, Jaime (2006) "Biopoder y biocapital. El trabajo como moderno homo sacer" en *Argumentos*, Septiembre-Diciembre, año/vol. 19, N° 52, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, Distrito Federal, México, pp. 77-98.